

PRÓLOGO

Alyssa

El chico de la sudadera roja no dejaba de mirarme en la cola para pagar.

Lo había visto antes, muchas veces, como aquel mismo lunes por la mañana temprano. Cada día rondaba con sus amigos el callejón trasero del supermercado en el que yo trabajaba. Lo veía cuando mi jefe me hacía romper cajas y dejarlas fuera.

El chico de la sudadera roja aparecía allí con sus amigos todos los días. Hacían mucho ruido, fumaban cigarrillos y decían todo tipo de groserías. Él destacaba, porque los otros chicos reían y sonreían. Él, en cambio, parecía mudo, como si su mente estuviera muy lejos del entorno que lo rodeaba. Rara vez alzaba los labios; me pregunté si sabría lo que era sonreír. Tal vez se trataba de una persona que se limitaba a existir en lugar de vivir.

A veces cruzábamos la mirada, y yo siempre la apartaba.

Me resultaba difícil mirar sus ojos color caramelo, porque parecían más tristes de lo que deberían serlo unos ojos a su edad. Tenía las ojeras marcadas y purpúreas y algunas arrugas, pero a pesar de eso era guapo. Un tipo cansado y guapo. Ningún chico debería parecer tan agotado, o tan hermoso, todo a la vez. Estaba casi segura de que había vivido cien años de dificultades en su juventud. Su postura daba a entender que había librado batallas privadas peores que la mayoría de seres humanos: con los hombros hacia delante y sin enderezar nunca la espalda.

Pero en él no todo parecía tan roto.

Su melena castaña siempre lucía perfecta. Siempre. A veces sacaba un peine pequeño y se lo pasaba por el pelo, como si fuera uno de esos moteros de los años cincuenta. Y siempre llevaba el mismo tipo de ropa: una camiseta blanca o negra, y a veces la sudadera roja. Los pantalones vaqueros siempre eran negros, al igual que los zapatos que llevaba atados con cordones blancos. No sabía por qué, pero aunque su atuendo era sencillo, me daba escalofríos.

También me fijé en sus manos. Siempre llevaba un mechero que encendía y apagaba sin parar. Me pregunté si era consciente de que lo hacía. Parecía como si la llama que surgía del mechero fuera parte de su existencia.

Una expresión mundana, ojos cansados, pelo perfecto y un mechero en la mano.

¿Qué clase de nombre le pegaría a un chico así?

Hunter, quizá. Sonaba un poco a chico malo, y supuse que lo era. O Gus. Gus el motero. El motero Gus. O Mikey, porque sonaba dulce, lo cual era lo opuesto a lo que parecía ser, y a mí me gustaban esas cosas.

Pero su nombre no importaba en ese momento.

Lo importante era que estaba delante de mí. Parecía más expresivo de lo que solía estarlo en el callejón. Tenía la cara roja como un tomate, y movía los dedos con nerviosismo mientras esperaba delante de mi caja registradora en el supermercado. Sus ojos reflejaban una vergüenza conmovedora al pasar su tarjeta una y otra vez. Denegada. *Fondos insuficientes*. Su aspecto era cada vez más sombrío. *Fondos insuficientes*. Se mordió el labio inferior.

—Eso no tiene sentido —murmuró para sí.

—Puedo probar en mi caja, si quieres. A veces estas máquinas no funcionan muy bien. —Le dirigí una sonrisa, pero no me la devolvió. Había adoptado una expresión de frialdad. Tenía el ceño fruncido de manera agresiva, pero me tendió la tarjeta. La deslicé por la máquina e hice un mohín. *Fondos insuficientes*—. Dice que no hay suficiente dinero en la tarjeta.

—Gracias, Capitana Obviedad —murmuró.

Grosero.

—Esto es una mierda. —Resopló. Su pecho subía y bajaba—. La recargamos ayer.

¿Quiénes? *No es asunto tuyo, Alyssa.*

—¿Tienes otra tarjeta que podamos probar?

—Si tuviera otra tarjeta, ¿no crees que ya lo habría intentado? —rugió, estremeciéndome un poco.

Hunter. Tenía que llamarse Hunter. Un chico malo y grosero llamado Hunter. O tal vez Travis. Una vez leí un libro sobre un Travis que era un chico muy malo. Travis era tan malo que tuve que cerrar el libro para evitar sonrojarme y gritar.

Inspiró hondo, observó la fila de personas que se estaba formando detrás de él, y luego me miró a los ojos.

—Perdona. No quería gritar.

—No pasa nada —respondí.

—Sí que pasa. Lo siento. ¿Puedo dejar esta mierda aquí un segundo? Tengo que llamar a mi madre.

—Sí, claro. Cancelaré la cuenta por ahora, y cuando solucionemos el problema podremos pasar las cosas. No te preocupes.

Casi sonrió, y yo casi pierdo el control. No sabía que supiera *casi* hacerlo. Puede que solo fuera un leve gesto en sus labios, pero cuando se curvaban ligeramente, estaba muy guapo. Era evidente que no sonreía muy a menudo.

Cuando se apartó a un lado y marcó el número de su madre, hice lo posible por no escuchar la conversación. Atendí a los siguientes clientes, pero a pesar de eso, mis oídos y ojos curiosos seguían volviendo a él.

—Ma, en serio. Me siento como un puto idiota. He pasado la tarjeta y sale denegada. Me sé el número pin. He puesto el número pin. ¿Usaste la tarjeta ayer? —preguntó—. ¿Para qué? ¿Qué compraste?

Alejó el teléfono de la cara mientras su madre hablaba y puso los ojos en blanco antes de volver a llevarse el aparato a la oreja.

—¿Cómo que compraste treinta y dos cajas de Coca-Cola?! —exclamó—. ¿Qué diantres vamos a hacer con treinta y dos cajas de Coca-Cola? —Toda la gente que se encontraba en el supermercado se giró hacia él. Sus ojos se cruzaron con los míos y volvió a avergonzarse. Sonreí. Él frunció el ceño. Era dolorosamente guapo. Se giró lentamente hasta darme la espalda y volvió a centrarse en la llamada—. ¿Cómo vamos a comer durante el próximo mes? Sí, me pagan mañana, pero eso no va a ser suficiente para... no. No quiero volver a pedirle dinero a Kellan... Ma, no me interrumpas. Escucha. Tengo que pagar el alquiler. No tengo forma de... —Pausa—. ¡Ma, cierra la boca, ¿vale?! ¡Te has gastado el dinero de la comida en Coca-Cola!

Una breve pausa. Gestos alocados de enfado.

—¡No! ¡No, no me importa si era Coca-Cola Light o Coca-Cola Zero! —Suspiró y se pasó los dedos por el pelo. Dejó el teléfono en el suelo un momento, cerró los ojos y respiró hondo unas cuantas veces. Entonces volvió a cogerlo—. Da igual. Lo arreglaré. No te preocupes, ¿vale? Lo arreglaré. Voy a colgar. No, no estoy enfadado, Ma. Sí, estoy seguro. Solo voy a colgar. Sí, lo sé. Está bien. No estoy enfadado, ¿vale? Siento haber gritado. Lo siento. No estoy enfadado. —Bajó la voz lo máximo posible, pero yo no podía dejar de escuchar—. Lo siento.

Cuando se volvió hacia mí, ya había acabado de atender al último cliente de la cola. Hizo un gesto con el hombro izquierdo y se acercó frotándose la nuca.

—Creo que no podré llevarme esas cosas hoy. Lo siento. Puedo volver a colocarlas en los estantes. Lo siento. Lo siento.

No dejaba de disculparse. Se me hizo un nudo en el estómago.

—No pasa nada, de verdad. Yo me encargo. De todos modos acabo ahora mi turno. Lo pondré todo en su sitio.

Volvió a fruncir el ceño. Deseé que dejara de hacer eso.

—Vale. Lo siento.

También deseaba que dejara de disculparse.

Cuando se fue, eché un vistazo al interior de las bolsas. Analizar el contenido me partió el corazón. Todo sumaba un total de once dólares, y ni siquiera podía permitirse eso. Fideos instantáneos, cereales, leche, mantequilla de cacahuete y una barra de pan: artículos que yo nunca había tenido que pensar dos veces si comprarlos o no.

Nunca sabes lo afortunada que eres hasta que ves lo mal que está otra persona.

—¡Eh! —grité siguiéndole hasta el aparcamiento—. ¡Eh! ¡Te has dejado esto!

Se volvió lentamente y entrecerró los ojos, confundido.

—Tus bolsas —expliqué tendiéndoselas—. Te has dejado tus bolsas.

—Podrían despedirte.

—¿Qué?

—Por robar comida —dijo.

Titubeé un instante, algo confundida al pensar por qué había deducido que había robado la comida.

—No la he robado. La he pagado.

Me miró sorprendido.

—¿Por qué harías algo así? Ni siquiera me conoces.

—Sé que estás intentando cuidar de tu madre.

Se pellizcó la nariz y negó con la cabeza.

—Te devolveré el dinero.

—No, no te preocupes. —Sacudí la cabeza—. No es para tanto.

Se mordió el labio inferior y se pasó la mano por los ojos.

—Te devolveré el dinero. Pero... gracias. Gracias... eh... —Su mirada descendió hasta mi pecho, y por un segundo me sentí algo incómoda, hasta que me di cuenta de que estaba buscando mi nombre en mi identificador—. Gracias Alyssa.

—De nada. —Se giró para marcharse—. ¡¿Y tú?! —grité en su dirección hipando una o dos veces, o tal vez cincuenta.

—¿Yo qué? —preguntó sin darse la vuelta y sin dejar de caminar.

—¿Cómo te llamas?

¿Hunter?

¿Gus?

¿Travis?

¿Mikey?!

Podría ser un Mikey.

—Logan —dijo.

Siguió caminando sin mirar atrás una sola vez. Me llevé el cuello de la camiseta a la boca y lo mordí; era una mala costumbre y mi madre siempre me reñía, pero ella no estaba allí, y unas mariposas diminutas empezaban a invadir mi estómago.

Logan.

Tenía pinta de Logan, ahora que lo pensaba.



Volvió unos días después para devolverme el dinero. A partir de entonces, aparecía cada semana para comprar una barra de pan, o más fideos, o un paquete de chicles. Siempre venía a mi caja. En algún momento, Logan y yo empezamos a hablar durante las transacciones. Descubrimos que su hermanastro estaba saliendo con mi hermana, y que habían estado juntos durante lo que parecía una eternidad. En algún momento determinado, casi sonrió. Y una vez juraría que incluso rio. Nos hicimos amigos o algo así; empezamos intercambiando algunas palabras hasta entablar conversaciones más largas.

Cuando salía del trabajo, él estaba sentado en el bordillo del aparcamiento, esperándome, y hablábamos aún más.

Nuestra piel se bronceó bajo el sol abrasador. Nos despedíamos cada noche bajo las estrellas llameantes.

Conocí a mi mejor amigo en la cola de un supermercado.

Y mi vida ya nunca volvió a ser la misma.